

¿Puedo tener *gozo en* en mi vida?

R.C. Sproul

Preguntas Cruciales



No. 12



¿Puedo tener *gozo en* mi vida?

R. C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Serie Preguntas Cruciales
Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿*Cómo puedo desarrollar* una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Qué es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Puedo tener gozo en mi vida?

Traducido del libro *Can I Have Joy in My Life?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org ReformationTrust.com

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión electrónica
en MOBI: 978-1-56769-398-0

CONTENIDO

Uno–No te preocupes, gózate

Dos–Considérense muy dichosos

Tres–¿Cómo se escribe *gozo?*

Cuatro–El mayor gozo

Cinco–Plenitud de gozo

Acerca del autor



NO TE PREOCUPES, GÓZATE

La palabra *gozo* aparece una y otra vez en las Escrituras. Por ejemplo, los Salmos están llenos de referencias al gozo. Los salmistas escriben: “Te alabaré al son del arpa, pues tú eres mi Dios, mi gozo y alegría” (Salmo 43:4b). “Cantemos con gozo a Dios, nuestra fortaleza” (Salmo 81:1). Asimismo, en el Nuevo Testamento, leemos que el gozo es un fruto del Espíritu Santo (Gálatas 5:22), lo que significa que es una virtud cristiana. Dado este énfasis bíblico, necesitamos entender qué es el gozo y buscarlo.

A veces nos esforzamos por comprender la visión bíblica del gozo debido a la forma en que se lo define y se lo describe en la cultura occidental de hoy. En particular, a veces confundimos el gozo con la felicidad. En las

Bienaventuranzas (Mateo 5:3-11), según las traducciones tradicionales, Jesús dijo: “*Bienaventurados* los pobres en espíritu… *Bienaventurados* los que lloran… *Bienaventurados* los mansos…” (vv. 3-5, énfasis añadido), etc. A veces, sin embargo, los traductores adoptan el idioma vernáculo moderno y nos dicen que Jesús dijo *felices* en lugar de *bienaventurados*. Yo siempre me incomodo un poco cuando veo esa versión, no porque esté en contra de la felicidad, sino porque la palabra *feliz* se ha vuelto sentimentalista y trivial en nuestra cultura. En consecuencia, connota cierta superficialidad. Por ejemplo, hace años, Charles M. Schulz, en su tira cómica *Peanuts*, acuñó el adagio “la felicidad es un tierno cachorrito”, y se volvió una máxima que expresaba una idea sentimental y comodona de la felicidad. Luego vino la pegadiza canción “Don’t Worry, Be Happy”, (No te preocupes, sé feliz), lanzada por Bobby McFerrin en la década de 1980. Sugería una actitud despreocupada y liviana de deleite.

Sin embargo, la mejor traducción para la palabra griega que se usa en las Bienaventuranzas es *benditos*, pues este término no solo comunica la idea de felicidad, sino también de profunda paz, consuelo, estabilidad, y gran gozo. Por lo tanto, al venir al texto del Nuevo Testamento debemos ser muy cuidadosos de no leerlo a través del lente de la comprensión popular de la felicidad y perder así el concepto bíblico del gozo.

Piensa nuevamente en la canción de McFerrin. La letra es muy extraña desde una perspectiva contemporánea. Cuando él canta “no te preocupes, sé feliz, está emitiendo un imperativo, una orden: “No estés ansioso. Más bien sé feliz”. Está exponiendo un deber, no haciendo una sugerencia. Sin

embargo, nunca concebimos la felicidad de esa forma. Cuando nos sentimos infelices, nos parece imposible decidir cambiar nuestros sentimientos mediante un acto voluntario. Tendemos a concebir la felicidad como algo pasivo, algo que nos sucede y sobre lo cual no tenemos control. Es algo involuntario. Sí, lo deseamos y queremos experimentarlo, pero estamos convencidos de que no podemos crearlo por un acto de la voluntad.

Extrañamente, McFerrin suena muy parecido al Nuevo Testamento cuando manda a sus oyentes a ser felices. En las páginas del Nuevo Testamento, se comunica una y otra vez la idea del gozo como un imperativo, como una obligación. Basado en la enseñanza bíblica, yo iría tan lejos como para decir que es deber del cristiano, es su obligación moral, estar gozoso. Eso significa que la incapacidad de un cristiano de estar gozoso es un pecado, que la infelicidad y la falta de gozo son, en cierta forma, manifestaciones de la carne.

Desde luego, hay momentos en los que estamos llenos de angustia. Al propio Jesús se le llamó “el hombre más sufrido, el más experimentado en el sufrimiento” (Isaías 53:3). La Escritura nos dice: “Es mejor asistir a un funeral que presentarse en un banquete” (Eclesiastés 7:2a). Incluso en el Sermón del Monte, Jesús dijo: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación” (Mateo 5:4). Puesto que la Biblia nos dice que es totalmente legítimo experimentar angustia, sufrimiento y tristeza, estos sentimientos no son pecaminosos.

Sin embargo, quiero que veas que las palabras de Jesús podrían traducirse como “Gozosos los que lloran”. ¿Cómo podría una persona llorar y aun así

estar gozosa? Bueno, yo creo que podemos desenredar ese nudo con bastante facilidad. El corazón del concepto del Nuevo Testamento es este: una persona puede tener gozo bíblico aun cuando esté llorando, sufriendo, o experimentando circunstancias adversas. Esto sucede porque la angustia de la persona está dirigida hacia una preocupación, pero al mismo tiempo, esa persona posee una medida de gozo. Tengo más que decir al respecto en el próximo capítulo.

¿CÓMO PODEMOS REGOCIJARNOS SIEMPRE?

En su carta a los Filipenses, el apóstol Pablo habla una y otra vez del gozo y acerca del deber del cristiano de regocijarse. Por ejemplo, él escribe: “Regocíjense en el Señor siempre” (4:4a). Este es uno de aquellos imperativos bíblicos, y no deja lugar para no regocijarse, porque Pablo dice que los cristianos deben regocijarse siempre, no a veces, periódicamente, u ocasionalmente. Luego añade: “Y otra vez les digo, ¡regocíjense!” (4:4a). Pablo escribió esta epístola desde la prisión, y en ella aborda asuntos muy sombríos, tales como la posibilidad de su martirio, de ser derramado en sacrificio (2:17). Con todo, él les dice a los creyentes filipenses que deberían regocijarse a pesar de las circunstancias.

Eso nos lleva nuevamente a la cuestión de cómo podemos estar gozosos como un asunto de disciplina o de la voluntad. ¿Cómo es posible mantenerse gozoso todo el tiempo? Pablo nos da la clave: “Regocíjense *en el Señor* siempre” (énfasis añadido). La clave del gozo cristiano es su fuente, que es el

Señor. Si Cristo está en mí y yo en él, esa relación no es una experiencia esporádica. El cristiano está siempre en el Señor y el Señor está siempre en el cristiano, y eso siempre será motivo de gozo. Aunque el cristiano no pueda regocijarse en sus circunstancias, si se encuentra en medio del dolor, angustia o tristeza, aun así puede regocijarse en Cristo. Nos regocijamos en el Señor, y puesto que él nunca nos deja ni nos abandona, podemos regocijarnos siempre.

Dado que el gozo es un fruto del Espíritu, nuestra santificación se manifiesta no solo por nuestro amor, paz, paciencia, bondad, y todo lo demás, sino también por nuestro gozo (ver Gálatas 5:22-23). No debemos olvidar que el fruto del Espíritu Santo no es lo mismo que los dones del Espíritu Santo. El Nuevo Testamento nos muestra que el Espíritu Santo distribuye diversos dones a diversos creyentes por diversas razones. No todos tienen el don de enseñar. No todos tienen el don de predicar. No todos tienen el don de dar. No todos tienen el don de la administración. Pero cuando se trata del fruto del Espíritu, no es que algunos cristianos tengan el fruto de la fidelidad mientras que otros tienen amor, o que algunos tengan el fruto de la bondad y la amabilidad mientras que otros tienen paz y dominio propio. Cada cristiano debe manifestar todo el fruto del Espíritu, y mientras más crecemos en la gracia, mientras más progresamos en nuestra santificación, más bondadosos deberíamos ser, más pacientes deberíamos ser, más fieles deberíamos ser, y, desde luego, más gozosos deberíamos ser.

En palabras simples, esto significa que la vida cristiana no debe estar marcada por la antipatía o una actitud amargada. Todos tenemos malos días, pero la característica básica de una personalidad cristiana es el gozo. Los

cristianos deberíamos ser las personas más gozosas del mundo porque tenemos mucho por qué gozarnos. Es por eso que Pablo no duda en mandar a sus lectores que se regocijen.

LA MANERA DE RECUPERAR EL GOZO

La amonestación de Pablo a los creyentes de que estén gozosos presupone que los creyentes pueden hacer algo si se encuentran faltos de gozo. Él está en lo cierto, desde luego, y el Nuevo Testamento está lleno de enseñanza sobre cómo estar gozoso. El método más básico consiste en fijar nuestra atención en el fundamento de nuestro gozo, la fuente de nuestro gozo.

Pablo da una de las más prácticas de estas enseñanzas en Filipenses: “Por lo demás, hermanos, piensen en todo lo que es verdadero, en todo lo honesto, en todo lo justo, en todo lo puro, en todo lo amable, en todo lo que es digno de alabanza; si hay en ello alguna virtud, si hay algo que admirar, piensen en ello” (4:8). Este es un llamado a meditar en las cosas del Señor, a volcar nuestra atención a las cosas del Señor. Cuando nos encontramos deprimidos, decaídos, irritados, molestos, o bien desdichados, necesitamos regresar a la fuente de nuestro gozo, y entonces veremos las cosas que debilitan nuestro gozo en perspectiva. Las circunstancias de esta vida se diluirán en la insignificancia al ser comparadas con aquello que hemos recibido de Dios.

A veces nuestro gozo está determinado por la intensidad de la más reciente bendición que hayamos experimentado en las manos de Dios. Siempre estamos buscando la experiencia suprema, un clímax espiritual que nos

entusiasme y nos llene de gozo, pero estos sentimientos intensos se agotan. Cuando tengo las cosas en perspectiva, sé que si nunca experimento otra bendición en toda mi vida aparte de las bendiciones que ya he recibido de la mano de Dios, no tendría ninguna razón posible para no estar rebosante de gozo hasta el día de mi muerte. Dios ya me ha dado tanto por lo cual estar agradecido, tanto para inducir mi alma al deleite, la alegría y el gozo, que debería ser capaz de vivir sobre la base de ese excedente de bendición y permanecer gozoso todos los días de mi vida.

Desde luego, la buena noticia es que Dios no dejará de manifestar su cuidado y de darnos sus misericordias y bendiciones. Él continúa haciéndolo, y eso significa que cada día que vivimos como cristianos tenemos mayor razón para regocijarnos que el día anterior. Hemos pasado un día más recibiendo su amor y todos los beneficios que él derrama sobre nosotros, todas aquellas cosas que nos causan gozo.

¿Cuál es el gran enemigo del gozo? En el Nuevo Testamento, al parecer no es tanto la tristeza o la angustia como la ansiedad. Es revelador, creo yo, que inmediatamente después de ordenar a los filipenses que se regocijen siempre, Pablo siga diciendo: “No se preocupen por nada. Que sus peticiones sean conocidas delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias, y que la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarde sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús” (4:6-7). Casi pareciera que Pablo estuvo presente en el Sermón del Monte y escuchó a Jesús decir a sus discípulos: “Por lo tanto les digo: No se preocupen por su vida, ni por qué comerán o qué beberán; ni con qué cubrirán su cuerpo. ¿Acaso no vale más la vida que el

alimento, y el cuerpo más que el vestido?” (Mateo 6:25). Es la ansiedad la que nos roba el gozo. ¿Y qué es la ansiedad sino temor? El temor es el enemigo del gozo. Cuesta estar gozoso cuando se tiene miedo.

La prohibición que Jesús más reiteró en todas sus enseñanzas fue “no teman”. Este también es un imperativo, y una vez más, la única solución es el regreso a nuestro Padre. Necesitamos ir a él en oración, tener comunión con él. De esta forma, permanecemos cerca de la fuente de nuestro gozo. Dejamos nuestras ansiedades, y el fruto del espíritu madura en nosotros nuevamente. Si entendemos quién es Cristo y lo que ha hecho por nosotros, tenemos una nueva dimensión del gozo.

A fin de cuentas, entonces, la canción de McFerrin casi da en el blanco. No deberíamos preocuparnos, sino que deberíamos estar gozosos.



Considérense muy dichosos

Una de las lecciones más difíciles que tenemos que aprender como cristianos es cómo estar gozosos en medio del dolor y el sufrimiento. Pero el gozo en esas circunstancias no es opcional. Santiago nos dice: "Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas" (1:2, NVI). ¿Qué quiere decir aquí Santiago, y cómo podemos hacer lo que él nos ordena que hagamos?

Una cosa es hallarse en un estado de gozo, y otra distinta es considerar nuestras circunstancias como gozosas. Cuando Santiago nos dice "*considérense* muy dichosos", está diciendo que aun cuando no nos sintamos gozosos por alguna prueba que estemos pasando, debemos considerar —

calificar, juzgar— esa situación como un motivo de gozo. Esto debemos hacerlo, no porque lo que estamos soportando sea placentero, sino porque, como dice Santiago, sabemos que “la prueba de [nuestra] fe produce constancia” (v. 3, NVI). En otras palabras, la tribulación, el dolor, y el sufrimiento producen paciencia en nuestro interior, así que algo bueno nos ocurre aun en medio de las pruebas. Cuando pasamos por las pruebas, por difícil que resulte soportarlas, al recordar esa verdad comprenderemos que no suceden en vano, sino que Dios tiene un propósito en ellas, y su propósito siempre es bueno.

Mi mentor, el Dr. John Gerstner, hizo una interesante distinción entre diferentes tipos de malo y diferentes tipos de bueno. Al considerar cosas malas, el decía que está lo “malo malo” y lo “malo bueno”. Las cosas que son “malas buenas” son, consideradas en sí mismas, destructivas y dolorosas, pero no obstante pueden causar un bien. Si así no fuera, ¿cómo podría haber dicho Dios, por medio del apóstol Pablo, que él “dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman” (Romanos 8:28)?

Por lo tanto, Santiago nos está exhortando a considerarnos muy gozosos aun cuando no todo sea gozo, no porque sea gozoso participar del dolor y el sufrimiento, sino porque Dios puede producir bien a través del dolor y el sufrimiento. Él está obrando para nuestra santificación aun en las situaciones difíciles.

MIRAR AL BRILLANTE FUTURO

En cierto sentido, con el fin de ser capaces de considerar los pesares y aflicciones terrenales como motivos de gozo, tenemos que cultivar la capacidad de pensar en términos del futuro. A veces la esperanza del cielo de los cristianos es ridiculizada como “castillos en el aire”. Sin embargo, es una realidad que concede consuelo real, como muestran los ejemplos de la historia.

En los días de la esclavitud en Estados Unidos, los esclavos negros tenían muy poco por qué estar felices. Sus vidas estaban llenas de adversidad y sufrimiento. El arduo trabajo de sus manos era un interminable afán, día tras día. A menudo pasaban necesidad. A veces las familias eran divididas, pues sus miembros eran vendidos. Ellos vivían una terrible existencia, y, no obstante, la música de los cantos espirituales de esa época está llena de gozo. No creo que sea coincidencia que uno de los principales tópicos recurrentes de aquellos espirituales haya sido el cielo. Por ejemplo, en el espiritual “Swing Low, Sweet Chariot”, una de las estrofas dice: “Miré sobre el Jordán, ¿y qué fue lo que vi venir para llevarme a casa? Un grupo de ángeles que venían por mí, venían a llevarme a casa”. El potente testimonio de muchos de estos cantos es el de un gozo fundado en el mirar a Dios y la futura beatitud.

Esta forma de mirar las cosas está en conformidad con el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Pablo reconoce la realidad y la intensidad del dolor que estamos llamados a soportar en este mundo: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, *si es que padecemos juntamente con él*, para que juntamente con él seamos

glorificados" (Romanos 8:16-17, énfasis añadido). Pero luego él hace una comparación entre las aflicciones que experimentamos aquí y el gozo que se nos ha reservado en el cielo: "Pues no tengo dudas de que las aflicciones del tiempo presente en nada se comparan con la gloria venidera que habrá de revelarse en nosotros" (v. 18). Los momentos temporales de angustia y sufrimiento por los que pasamos son como nada comparados con el gozo guardado para nosotros en el cielo.

Sin embargo, el cielo todavía es futuro, y el presente suele ser difícil. Hace años, yo tenía una amiga, una señora anciana, que se caracterizaba por un ánimo alegre y una personalidad entusiasta, y ella mantenía esas cualidades aun cuando se le había diagnosticado cáncer. Pero un día que la visité en el hospital, cuando estaba recibiendo quimioterapia, la encontré un poco decaída. No era la persona alegre y entusiasta de siempre. Le dije: "¿Cómo estás, Dora?". Ella me miró con lágrimas en los ojos y dijo: "R. C., cuesta ser cristiana con la cabeza en el retrete". Luego se rió y la alegría volvió a su mirada. Yo también me reí, porque entendía bien a qué se refería. Cuando estamos enfermos y en el dolor, cuesta sentir mucho gozo.

El consejo de Pablo, cuando pasamos por tales periodos, es recordar que Dios le ha fijado un plazo a nuestro dolor, y que pasado ese plazo entraremos en una condición en la que ya no habrá dolor. No habrá más lágrimas, ni más dolor, ni más ansiedad, ni más tristeza, ni más adversidad. Esto realmente suena como castillos en el aire, pero no podemos eludir el hecho de que en el corazón mismo de la fe cristiana está la verdad de que este mundo no es nuestro hogar. Nuestro destino final aún nos espera.

Por lo tanto, el cielo es la gran esperanza del cristiano, y el Nuevo Testamento dice que la esperanza es el ancla del alma (Hebreos 6:19). Lamentablemente, aquellos que no tienen a Cristo no tienen esperanza. A veces me pregunto, en vista de lo mucho que tengo que lidiar con la vida como cristiano, cómo se las arreglan los que no son cristianos. ¿Cómo soportan sin tener la esperanza del gozo guardado para nosotros en el cielo? Deberíamos estar mucho más agradecidos de lo que estamos por esta bendita esperanza, y fijar nuestra mirada en el futuro en medio del dolor y la aflicción.

CONFIANZA EN DIOS EN MEDIO DE LAS CALAMIDADES

Un personaje bíblico que exhibe esta actitud de una forma emotiva y gráfica es el profeta Habacuc. Él no estaba particularmente gozoso cuando vio que su nación era devastada por un poder extranjero. Esta situación le ocasionó todo tipo de dificultades teológicas; en un sentido real, Habacuc sufrió una crisis de fe. Él le preguntó a Dios: "¿Cómo puedes permitir que sucedan estas cosas? ¿Cómo puedes dejar que todo este mal y sufrimiento ocurra en este mundo? ¿No eres tú demasiado santo para siquiera mirar la iniquidad?". Él dijo: "Decidí mantenerme vigilante. Decidí mantenerme en pie sobre la fortaleza. Decidí no dormir hasta saber lo que el Señor me iba a decir, y qué respuesta daría a mi queja" (Habacuc 2:1).

Dios le respondió a su acongojado profeta presentándose a sí mismo a Habacuc de una forma muy similar a como vino a Job. Posteriormente,

Habacuc dijo: “Al oírte, se estremecen mis entrañas; mis labios tiemblan al escuchar tu voz. El mal me cala hasta los huesos, y en mi interior todo se estremece, pero yo espero confiado el día de la angustia, el día en que será invadido el pueblo que ahora nos oprime” (3:16). El mensaje de Dios abrumó a Habacuc al punto de hacer temblar su cuerpo.

El libro de Habacuc contiene una breve frase que se cita tres veces en el Nuevo Testamento y funciona como declaración temática en la mayor obra teológica del apóstol Pablo, la epístola a los Romanos (Romanos 1:17). La frase es esta: “El justo vivirá por… fe” Habacuc 2:4). Se podría traducir de esta forma: “El justo vivirá por la confianza”. ¿Qué significa vivir por la fe si no es confiar en Dios? La vida de la fe no se trata solo de creer que Dios existe; se trata de creerle a Dios o confiar en Dios.

Yo tengo esta conversación conmigo mismo cada vez que tengo temor: “R. C., ¿confías realmente en Dios? ¿Le crees cuando él te promete que esto es para bien y para tu gozo último?”. Solo si le creemos a Dios podemos permanecer con gozo en medio de la dificultad.

¿Cómo le respondió Habacuc al Señor? Le dijo: “Aunque todavía no florece la higuera, ni hay uvas en los viñedos, ni hay tampoco aceitunas en los olivos, ni los campos han rendido sus cosechas; aunque no hay ovejas en los rediles ni vacas en los corrales, yo me alegro por ti, Señor; ¡me regocijo en ti, Dios de mi salvación!” (3:17-18).

Estas palabras nos parecen extrañas porque Habacuc vivió hace tanto tiempo en una cultura muy distinta a la nuestra. Nosotros nunca perdemos el sueño en la noche por el florecimiento de la higuera. No nos preocupa si los

olivos no dan aceitunas. Pero Habacuc era judío, y la economía de Israel era agrícola. Los higos eran un producto importante. También lo era el fruto de la vid, las uvas con las que se hacía el vino. Basta una visita a Napa Valley, en California, para ver lo importantes que pueden ser las viñas para la economía de una región. Si esas viñas se envenenan o destruyen a causa de algún desastre natural, toda la región sufre económicamente. Asimismo, en los días de Habacuc, las aceitunas producían aceite, el cual era muy importante en Israel. Si la gente no se ocupaba en las viñas, cuidaban rebaños. La ganadería también era crucial.

Voy a intentar traducir las palabras de Habacuc a un lenguaje moderno: "Aunque el sector agrícola colapse, aunque el mercado bursátil se desplome, aunque la industria automotriz se vuelque, aunque la industria tecnológica se derrumbe; aunque todo esto ocurra, con todo, yo me regocijaré en el Dios de mi salvación. Me alegraré en él". Eso es lo que él habría dicho si hubiera vivido en el siglo XXI.

Habacuc prosigue y expresa por qué se sentía de esa forma. "Tú, Señor eres mi Dios y fortaleza. Tú, Señor, me das pies ligeros, como de cierva, y me haces andar en mis alturas" (v. 19). Un ciervo pisa con tanta seguridad que puede moverse como una cabra montesa en lugares altos y peligrosos, y cruzar estrechas cumbres sin caer a la destrucción. Habacuc decía que Dios le daría pies como de cierva y lo haría caminar por lugares elevados. Él estaba diciendo que aunque a su pueblo le acontecieran muchas calamidades, aunque la nación fuera devastada, aunque Israel fuera derrotado en la guerra, y aunque la pestilencia, la enfermedad y el crimen lo afectaran todo, no

obstante, él no sería arrojado al valle, sino que Dios le daría pies como de cierva, de pisada firme, capaces de ascender a los lugares altos y santos. Dios da ese tipo de estabilidad, aun en medio de la calamidad, a aquellos que le prestan atención y ponen su confianza en él. A eso se refería Habacuc cuando dijo: “El justo vivirá por su fe”. Esa es la base del gozo que tenemos como cristianos.



¿Cómo se escribe *gozo*?

Todos podemos recordar momentos u ocasiones cuando experimentamos un gozo extraordinario, no solo individualmente, sino también dentro de nuestra comunidad o incluso de nuestra nación. Yo me acuerdo de un par de tales sucesos.

Un día, cuando tenía seis años, estaba jugando béisbol callejero en una calle de Chicago. El plato era una tapa de alcantarilla justo en medio de la calle, y en el centro de la tapa había un pequeño agujero de unos cuatro centímetros de diámetro. Recuerdo ese detalle insignificante porque mi papá me había comprado un pequeño bate delgado que yo usaba para jugar béisbol callejero, y un día, cuando me tocaba batear, se me soltó el bate y de alguna

forma cayó por ese agujero y se perdió para siempre. Como podrás imaginar, esa no fue una ocasión de gozo, pero otro día, cuando se daba el caso de que yo tenía que batear, justo en medio del partido, pareció que todo el cielo se desataba a mi alrededor. La gente comenzó a salir corriendo de los departamentos de los edificios a lo largo de la calle, gritando, golpeando las cacerolas con cucharas, y en general actuando alocadamente. Finalmente, comencé a entender lo que todos estaban gritando: “Se acabó; se acabó”. Era el Día de la Victoria en Europa, el día en el que la Alemania Nazi se rindió a los Aliados para terminar la Segunda Guerra Mundial en Europa. Después de una larga y ardua lucha, aquel titánico conflicto se había acabado, y toda la ansiedad contenida y el dolor de la gente de pronto dieron paso a un gozo indescriptible, y comenzaron a celebrar. Yo entendía muy poco de qué se trataba todo el alboroto, pero ciertamente podía decir que mucha gente estaba muy feliz. Yo solo deseaba que no hubieran interrumpido mi juego.

Un suceso similar, no tan dramático, aconteció en 1960, cuando yo tenía veintiún años. Yo había crecido en la ciudad de Pittsburgh, que se jactaba de un par de equipos deportivos profesionales, los Pittsburgh Pirates y los Pittsburgh Steelers. Pasaron cuarenta años antes de que los Steelers ganaran su primer campeonato de liga, ni hablar de un campeonato mundial. Ellos eran los eternos perdedores de la Liga Nacional de Fútbol. Sin embargo, su historial no era tan deplorable como el de los Pirates. Yo seguí cada partido de béisbol de los Pirates en las décadas de 1940 y 1950. Prácticamente vivía en el Forbes Field, y cuando no estaba en el estadio, escuchaba el partido por la radio. Yo vivía y moría con los Pittsburgh Pirates, y moríamos mucho más

a menudo de lo que vivíamos. Ellos normalmente estaban al fondo de la tabla. Nosotros solíamos decir que los Pittsburgh Pirates iban en primer lugar si uno ponía el diario al revés. Así que pasamos muchos años de frustración —hasta 1960.

Ese año, los Pittsburgh Pirates efectivamente ganaron el título de la Liga Nacional, y el estado se volvió loco. Pero entonces, desde luego, ellos tenían que ir a la Serie Mundial para enfrentarse con los poderosos New York Yankees. Nadie creía que los Pirates tuvieran alguna chance en absoluto. De hecho, ese año los Yankees fijaron el récord sin precedentes de la mayor cantidad de carreras anotadas en una Serie Mundial de siete juegos, pero la gente no recuerda eso. Lo que sí recuerdan es que ese año los Yankees *perdieron* la Serie Mundial de 1960 frente a los Pittsburgh Pirates en uno de los momentos más dramáticos de la historia del béisbol. En el séptimo juego de la Serie Mundial, el juego estaba empatado al final de la novena entrada. Los Pirates estaban bateando, y yo estaba ahí en el Forbes Field, sentado junto a la línea de tercera base. Bill Mazeroski, el segunda base de los Pirates, no era un gran bateador, pero ese día golpeó un cuadrangular hacia el jardín central izquierdo, sobre la cabeza de un abatido Yogi Berra. Cuando eso ocurrió, se desató el caos en Pittsburgh. Cuando la bola cruzó la cerca, yo salté y derribé a una pequeña anciana de setenta y cinco años. Le dije: “Ay, señora, perdóneme, no fue mi intención golpearla”. Ella me miró desde el suelo con una sonrisa que llenaba su cara, y dijo: “No importa, hijito, podrías lanzarme por todo el lugar. Los Pirates han ganado la Serie Mundial”. Cuando iba conduciendo a casa desde el Forbes Field ese día, escuchaba los

constantes bocinazos de los vehículos en toda la ciudad. Aquel día hubo un gran, gran gozo en Pittsburgh a causa de aquel partido de béisbol.

JÚBILO Y ABATIMIENTO

A menudo me he preguntado cómo es que un juego puede hacer tan feliz a la gente —o ponerla tan triste. Como dije antes, yo vivía y moría con los Pirates cuando era joven. Más tarde, cuando los Steelers se convirtieron en una potencia deportiva y comenzaron a ganar Super Tazones en la década de 1970, fue lo mismo. Si los Steelers perdían un partido, yo me deprimía por una semana y tenía que recordarme a mí mismo: "Es solo un juego". Este poder de los eventos deportivos de dejarnos decepcionados y decaídos está bien capturado en el clásico relato "Casey at the Bat", de Ernest Thayer. Cuando Casey, la estrella del equipo de béisbol de Mudville, milagrosamente tiene la oportunidad de batear al final de la novena entrada, los espectadores asumen que va a batear un cuadrangular y ganará el partido. ¿Qué ocurre? El fuerte Casey abanica pero es ponchado. Thayer termina la historia con esta estrofa:

> Oh, en algún lugar de esta tierra bendita,
> El sol alumbra resplandeciente;
> la banda está tocando en algún lugar,
> y en algún lugar los corazones se alegran;
> en algún lugar los hombres ríen,

y en algún lugar los niños gritan;
pero no hay gozo en Mudville:
El fuerte Casey ha sido ponchado[1].

En la secundaria, yo jugaba béisbol, y jugamos por el campeonato de la ciudad dos años seguidos. El primer año, ganamos el campeonato en la última entrada, y nunca lo voy a olvidar. Yo estaba tan emocionado que sentía que caminaba en el aire. Al año siguiente, sin embargo, perdimos el partido por el campeonato, y aquel fue un sentimiento terrible. Siempre es así cuando hay un campeonato en juego. Cuando finalmente el partido se decide a favor de uno de los equipos, en el lado ganador hay alegría y celebración descontrolada. Los jugadores saltan, se abrazan, y a veces corren hacia las graderías para alegrarse junto a sus seres queridos. Luego la cámara gira hacia el lado de los perdedores, y allí vemos lágrimas, desánimo y decepción.

Desde luego, un juego en realidad no es *solo* un juego. Los equipos deportivos que alentamos y con los cuales nos identificamos son representantes sustitutos no solo de nuestra ciudad o de nuestra nación, sino de cada uno de nosotros. Nos representan en el conflicto, la competencia, en la lucha por el éxito. Muchas de las aspiraciones y esperanzas de los seres humanos se expresan en cosas tales como los eventos deportivos, los cuales en realidad solo son representaciones de la lucha humana. ¿Pero te has fijado que cuando nuestro equipo gana, decimos "*ganamos*", pero cuando pierde, decimos "*perdieron*"? Nos encanta identificarnos con un ganador, pero no nos alegra identificarnos con un perdedor.

REGOCIJO AÚN EN LAS PÉRDIDAS

Después de muchos años, he comenzado a descubrir que es posible regocijarme aunque mi equipo pierda. ¿Cómo puede ocurrir eso? Ver al otro equipo celebrando después de derrotar a mi equipo solía hacerme sentir terrible. Finalmente, comencé a ver que aquellos jugadores estaban eufóricos porque habían logrado algo que habían trabajado arduamente para lograrlo. Ellos estaban experimentando lo que para ellos era una ocasión de gran gozo. No era como si hubiese ocurrido un desastre nacional, en el que todos habían sufrido pérdida. Había alguien que estaba feliz, y comencé a descubrir que podía complacerme en su felicidad.

Después de todo, la Biblia nos dice: “Gocémonos con los que se gozan y lloremos con los que lloran” (Romanos 12:15). Ese es uno de los principios clave del gozo. Nos enseña que nuestro gozo no debe restringirse a nuestras propias circunstancias o nuestros propios logros, sino que debemos ser capaces de sentir gozo por otras personas, por sus logros, por sus éxitos, y por su bendición.

Se ha dicho que cada tiro en el juego del golf hace feliz a alguien. Si yo hago un buen tiro, estoy feliz, pero mi rival no lo está. Si mi rival hace un mal tiro, este lo hace infeliz a él pero me hace feliz a mí. ¿Pero qué dice eso de mí? Dice que mi gozo es demasiado egocéntrico, tan limitado a mis propias circunstancias que a menos que las cosas salgan como yo quiero que salgan, de una manera que me beneficie directamente, no puedo ser feliz. Para seguir la ética del Nuevo Testamento, necesito ser capaz de gozarme con

aquellos que se gozan, y eso incluye aquellas ocasiones cuando se están regocijando porque me han derrotado a mí. El punto es que no deberíamos ser celosos ni codiciosos, sino que deberíamos ser capaces de entrar en el gozo de otras personas.

Asimismo, estamos llamados a entrar en la tristeza de las demás personas. Esto es lo que llamamos empatía, que implica sentir lo que los demás sienten. Jesús mismo ejemplificó esta virtud. ¿De qué otra forma podemos explicar el verso más corto de la Biblia: "Jesús lloró" (Juan 11:35)? Jesús, quien proclamó ser él mismo "la resurrección y la vida" (v. 25), vino a la tumba de Lázaro sabiendo perfectamente que iba a resucitar de la tumba a su amigo. Pero todos los presentes estaban acongojados, incluidas las dos hermanas de Lázaro, María y Marta. Ellas eran amigas de Jesús, así que él entró en la tristeza de ellas mientras lloraban.

Ciertamente se requiere de gracia para ser capaz de sentir gozo en el corazón cuando la gente experimenta gozo por una ganancia que, en algún sentido, para nosotros es una pérdida. Esto incluye más que solo partidos de béisbol. Incluye innumerables cosas que encontramos en nuestra vida diaria. Pero Dios nos permite como cristianos mirar las cosas no solo desde nuestra perspectiva egoísta, sino desde la perspectiva de los demás.

LA MEJOR FORMA DE ESCRIBIR *GOZO*

En mi primer año como cristiano, aprendí un sencillo acróstico relacionado con la palabra "gozo" en inglés, *joy*. El acróstico enseñaba que las letras que

forman la palabra *joy* representan a “Jesús”, los “otros”, y “yo”, y la lección era que el secreto del gozo estaba en poner en primer lugar a Jesús, en segundo lugar al otro, y en tercer lugar el yo. Obviamente, esa es una idea muy fácil, tan simple que hasta un niño pequeño puede aprenderla y comprenderla, pero es mucho más difícil asimilarla en nuestra vida. Pero esta ilustración contiene una profunda verdad. El gozo suele ser elusivo porque ponemos el yo en primer lugar y a Jesús en último lugar. Cuando eso ocurre, estamos tratando de escribir el “gozo” como o-z-o-g, y necesitamos reordenar nuestras prioridades.

No solo necesitamos poner a Jesús en primer lugar, sino que necesitamos poner a los demás delante de nosotros. Una vez tuve una extensa conversación con una mujer que estaba pasando por tratamientos contra el cáncer muy difíciles. En medio de todo esto, sin embargo, ella lucía notablemente resplandeciente. Cada vez que la veía, parecía estar gozosa. Yo comencé la conversación preguntándole: “¿Cómo has estado?”. Bueno, ella me hizo un resumen de cómo estaba que duró unos quince segundos, y luego me dijo: “¿Cómo estás *tú*, R. C.?”. Yo respondí su pregunta, pero fue solo después de terminada la conversación y yo ya iba de regreso que caí en la cuenta de la verdad. Yo había ido a su cuarto en el hospital a alentarla y manifestarle mi preocupación por su bienestar, pero si bien hablamos alrededor de media hora, quizá dedicamos quince segundos a su condición. Todo el resto del tiempo hablamos de mis problemas y preocupaciones, y ella me alentó a mí. Yo no podía creerlo. No era de extrañar que ella fuese tan alegre; ella no estaba enfocada en sí misma en lo más mínimo.

A Jesús se le llamó “el hombre más sufrido, el más experimentado en el sufrimiento” (Isaías 53:3), pero él experimentó el sufrimiento y el dolor nuestros. Jesús es la única persona de la historia que escribió la palabra *joy* sin poner primero la letra “j”. Él se puso a sí mismo en último lugar a fin de hacer posible que nosotros participemos del gozo. Con todo, aun cuando Jesús fue un hombre sufrido, yo creo que él fue el ser humano más gozoso que haya vivido, porque conocía al Padre mejor que cualquier otro ser humano. Además, él estaba en mayor armonía con la voluntad de Dios que ningún otro ser humano y era completamente obediente a ella, y la obediencia produce gozo en el alma. Ni siquiera el dolor y el tormento que tuvo que soportar fue capaz de quitarle el gozo.

Por lo tanto, si queremos ser gozosos, tenemos que aprender a gozarnos con los que se gozan y a llorar con los que lloran. Pero no podemos hacerlo a menos que de alguna forma seamos capaces de escapar de una vida en la que solo nos preocupemos de nosotros mismos.

1 Del poema “Casey at the Bat”, de Ernest Lawrence Thayer, 1888. Traducción para este libro.



El mayor gozo

En un punto durante su ministerio en la tierra, Jesús envió un grupo de sus discípulos por sí solos a predicar el evangelio y a sanar a los enfermos y a los que estaban bajo posesión demoníaca. Lucas escribe:

> Después de esto, el Señor eligió a otros setenta y dos, y de dos en dos los envió delante de él a todas las ciudades y lugares adonde él tenía que ir. Les dijo: “Ciertamente, es mucha la mies, pero son pocos los segadores. Por tanto, pidan al Señor de la mies que envíe segadores a cosechar la mies. Y ustedes, pónganse en camino. Pero tengan en cuenta que yo los

envío como a corderos en medio de lobos. No lleven bolsa, ni alforja, ni calzado; ni se detengan en el camino a saludar a nadie. En cualquier casa adonde entren, antes que nada digan: 'Paz a esta casa'. Si allí hay gente de paz, la paz de ustedes reposará sobre esa gente; de lo contrario, la paz volverá a ustedes. Quédense en esa misma casa, y coman y beban lo que les den, porque el obrero es digno de su salario. No vayan de casa en casa. En cualquier ciudad donde entren, y los reciban, coman lo que les ofrezcan. Sanen a los enfermos que allí haya, y díganles: 'El reino de Dios se ha acercado a ustedes'. Pero si llegan a alguna ciudad y no los reciben, salgan a la calle y digan: 'Hasta el polvo de su ciudad, que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra ustedes. Pero sepan que el reino de Dios se ha acercado a ustedes'. Yo les digo que, en aquel día, el castigo para Sodoma será más tolerable que para aquella ciudad.

"¡Ay de ti, Corazín! ¡Y ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ustedes, ya hace tiempo que, sentadas en cilicio y cubiertas de ceniza, habrían mostrado su arrepentimiento. Por tanto, en el día del juicio, el castigo para Tiro y para Sidón será más tolerable que para ustedes" (10:1-14).

Jesús designó a setenta y dos de sus seguidores para que fueran por la tierra de Palestina, a cada aldea y villa adonde él pretendía ir, a proclamar la llegada del reino de Dios. Él les advirtió que en muchos lugares no los recibirían cálidamente. Como lo expresa Jesús, ellos serían "corderos en

medio de lobos”. Por supuesto, la comisión de salir con el mensaje sobre Cristo ahora le pertenece a toda la iglesia, y por lo tanto esta advertencia aplica a cada uno de nosotros. El mundo no siempre recibe nuestro mensaje con alegría, y a veces nos sentimos como corderos llevados al matadero.

Estas debieron ser palabras aleccionadoras para los setenta y dos. Lucas no lo dice explícitamente, pero yo imagino que salieron con cierta medida de inquietud. Sin embargo, Lucas es muy explícito acerca de la actitud de los setenta y dos a su regreso. Él escribe: “Cuando los setenta y dos volvieron, estaban muy contentos y decían: ‘Señor, en tu nombre, ¡hasta los demonios se nos sujetan!’” (v. 17). Con toda probabilidad, ellos salieron temerosos y aprensivos, pero regresaron con un gozo extremadamente grande. ¿Por qué estaban tan felices? Porque habían tenido éxito: Dios los había usado y habían visto la manifestación del poder de Cristo en su ministerio. Además, declararon que estaban felices porque los demonios se les sujetaban en el nombre de Jesús. Así que estaban llenos de júbilo a causa de dos cosas: el éxito y el poder. Este es el tipo de cosas que también nosotros típicamente disfrutamos.

Pero Jesús no entró precisamente en su gozo. Él les dijo: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Miren que yo les he dado a ustedes poder para aplastar serpientes y escorpiones, y para vencer a todo el poder del enemigo, sin que nada los dañe. Pero no se alegren de que los espíritus se les sujetan, sino de que los nombres de ustedes ya están escritos en los cielos” (vv. 18-20).

Necesitamos ponderar estas palabras. Jesús obviamente entendía la euforia

de sus seguidores, quienes habían disfrutado del éxito del ministerio, pero él les advirtió sobre tener una base errada para su gozo. Les dijo que no debían alegrarse porque los demonios se les sujetaban; más bien debían alegrarse porque sus nombres estaban escritos en el cielo. Aquí nuestro Señor identificó el supremo fundamento del gozo cristiano. Nuestro gozo debe provenir de la seguridad de que tenemos redención en Cristo. El mayor gozo que una persona puede tener es saber que su nombre está escrito en el Libro de la Vida del Cordero, que es salva y vivirá por siempre con Cristo.

CULPA Y GOZO

En la década de 1960, conocí a un joven que había llegado a Estados Unidos desde Inglaterra hacía menos de una semana. Se llamaba John Guest, y siguió adelante para convertirse en ministro episcopal y evangelista nacional. Cuando nos conocimos en Fildalfia, él tenía el cabello hasta los hombros y llevaba una guitarra colgada a la espalda. Su aspecto era muy similar al de los miembros de los Beatles, y, de hecho, era de Liverpool, Inglaterra, tal como los Beatles. John trabajaba como evangelista principalmente en campus universitarios. Iba a los campus con su banda de rock y cantaba para reunir grupos de gente, después de lo cual predicaba y enseñaba.

La conversión de John había sido una especie de suceso “Camino a Damasco”. Él asistió a un encuentro donde oyó el evangelio, y su vida dio un vuelco. Encontró a Cristo y experimentó el perdón de sus pecados. Él me compartió que cuando volvió a su casa aquella noche, no caminó por las

calles, sino que más bien se fue brincando como un niño, saltando de vez en cuando sobre los hidrantes de incendios. Estaba absolutamente lleno de gozo en su nueva relación con Cristo.

Yo entiendo ese sentimiento. Saber que nuestros pecados han sido perdonados brinda un enorme alivio. Todo el peso de la culpa desaparece. La culpa es fundamentalmente un depresivo. Ahoga cualquier sentimiento de bienestar. Nos roba la paz. Atormenta nuestra alma. Probablemente sea la barrera más significativa al gozo real. En consecuencia, cuando nuestra culpa es quitada, el gozo inunda nuestra alma.

Hay una diferencia entre culpa y sentimientos de culpa. La culpa es objetiva. Incurrimos en una culpa real cada vez que transgredimos o quebrantamos la ley de Dios. Sin embargo, nuestros sentimientos no siempre se corresponden con la realidad. Hay personas en el sistema judicial penal que son descritas como sociópatas o sicópatas porque pueden cometer crímenes atroces sin sentir ningún remordimiento en absoluto. Con todo, su falta de sentimientos no altera la realidad de su culpa. La culpa no está determinada por cómo nos sentimos sino por lo que hacemos. No obstante, a menudo existe una estrecha relación entre las dimensiones objetiva y subjetiva de la culpa, entre la realidad de la transgresión propiamente tal y nuestros sentimientos subjetivos de remordimiento y parálisis.

Yo considero que los sentimientos de culpa en cierta forma son análogos al dolor físico. El dolor es un síntoma de que algo está objetivamente mal en el cuerpo. El dolor es médicamente un enorme beneficio para nosotros, porque da la señal de que hay un problema que necesita ser tratado. Tal como hay

algunas personas que no sienten culpa por sus crímenes, así también hay personas que han perdido la capacidad de sentir físicamente las cosas, y a cada momento están en serio peligro, porque no saben cuando una enfermedad grave ha afligido sus cuerpos. El dolor es la señal de advertencia. Lo mismo ocurre con la culpa y los sentimientos de culpa. Cuando tengo un dolor de muelas, eso me dice que algo anda mal en mi muela. El dolor me lleva al dentista para que repare mi muela y así pase el dolor. Los sentimientos de culpa deberían hacer lo mismo; deberían decirnos que algo anda mal y motivarnos a buscar ayuda. Cuando nuestra culpa objetiva es tratada y los sentimientos de culpa subjetivos desaparecen, sentimos un gran gozo.

CONFUSIÓN DEL PLACER CON EL GOZO

Cuando yo era muchacho, mis padres me hacían ir a la iglesia cada domingo en la mañana. Yo no tenía ganas de ir. El servicio de adoración me parecía aburrido y no podía esperar a que terminara para ir a jugar. Pero aun peor que el culto matinal del domingo era la clase semanal de catecismo, que se hacía el sábado en la mañana. Ese fue el punto más bajo de mi experiencia infantil en la iglesia. Tuve que pasar por una clase de comulgantes, y luego pasé a la clase de catecismo, donde yo y otros muchachos y chicas teníamos que memorizar el Catecismo Menor de Westminster. Yo soporté todo eso solo para hacerme miembro de la iglesia y terminar el curso, a fin de que mis padres estuvieran conformes. Yo no me convertí sino hasta varios años

después.

Cuando realmente me hice cristiano, me encontré deseando haber puesto más atención en mi clase de catecismo. Lo único que recordaba del Catecismo Menor era la primera pregunta y la respuesta, y el único motivo por el que recordaba esa pregunta era que nunca pude encontrarle sentido. La pregunta era: “¿Cuál es la finalidad principal de la existencia del hombre?”. La respuesta que se nos exigía aprender y recitar era esta: “La finalidad principal de la existencia del hombre es glorificar a Dios, y gozar de él para siempre”. Yo simplemente no podía juntar esas dos ideas. Aun siendo niño, yo entendía que la idea de glorificar a Dios tenía algo que ver con obedecerle, algo que ver con la búsqueda de la justicia. Pero eso no era precisamente lo que más me preocupaba. En absoluto era mi principal finalidad ser un hijo de Dios obediente. Y puesto que no era mi principal finalidad ser un hijo de Dios obediente, no podía entender cómo era que había una relación entre glorificar a Dios y gozar de él. Las dos ideas me parecían antitéticas, incompatibles.

Mi problema era que estaba confundido acerca de dos ideas fundamentales. Yo no conocía la diferencia entre placer y gozo. Lo que yo quería era placer, porque asumía que la única forma en que podía tener gozo era mediante la consecución de placer. Pero entonces descubrí que cuanto más placer conseguía, tanto menos gozo poseía, porque estaba buscando placer en cosas que requerían que desobedeciera a Dios. Esa es la atracción del pecado. Pecamos porque es placentero. La seducción del pecado radica en que nosotros creemos que nos hará felices. Pensamos que nos dará gozo y

satisfacción personal. Pero meramente nos da culpa, la cual malogra y destruye el auténtico gozo.

Mi conversión fue fundamentalmente una experiencia del perdón de Dios. Si hubiese habido un hidrante de incendios donde yo estaba cuando fui salvo, habría saltado por encima de él, porque experimenté la diferencia entre placer y gozo. En mi propia conversión descubrí lo mismo que John Guest había descubierto.

El Salmo 51 es el mayor ejemplo de arrepentimiento que encontramos en toda la Escritura. En este salmo, por el convencimiento del Espíritu Santo, David es conducido al arrepentimiento por su pecado con y contra Betsabé. Su corazón está quebrantado y contrito, y él viene ante Dios e implora el perdón. Él dice: “¡Devuélveme el gozo de tu salvación!” (v. 12a). Aquellos que han experimentado el perdón de Dios y el gozo inicial de este siempre necesitan la restauración de ese gozo, necesitan que se quite la culpa de su pecado continuo para que pueda volver el gozo. Cuando buscamos el perdón de Dios diariamente, regresamos al comienzo de nuestro gozo: el día cuando descubrimos que nuestros nombres están escritos en el cielo.

Incalculables miles de millones de personas nunca han experimentado el gozo de la salvación. Si tú eres uno de ellos, te digo que no hay nada igual en el mundo. Solo imagina que Dios borre cada pecado que hayas cometido, que toda la culpa que has acumulado y los correspondientes sentimientos de culpa sean eliminados. A eso vino Cristo. Él quiere darnos gozo, no poder ni éxito. Su regalo es el gozo que surge de saber que nuestros nombres están escritos en el cielo.



Plenitud de gozo

Una de las características únicas del Evangelio de Juan que ha sido un deleite para los cristianos a través de las épocas son las famosas declaraciones “yo soy” de Jesús. Por ejemplo, Jesús dijo: “Yo soy el pan de vida” (6:48); “yo soy la luz del mundo” (8:12); “yo soy la puerta” (10:7); “yo soy el buen pastor” (10:14); y “yo soy la resurrección y la vida” (11:25). Todas estas declaraciones nos ayudan a entender mejor quién es Jesús y lo que consiguió para su pueblo durante su paso por la tierra.

En todos los registros bíblicos de las declaraciones “yo soy” de Jesús, el griego tiene una forma extraña. Normalmente, “yo soy” es la traducción de la

palabra griega *eimi*. Pero en los dichos "yo soy" de Jesús, el griego es una forma intensiva: ego *eimi*. Es casi como si Jesús estuviera tartamudeando, como si dijera: "Yo, yo soy".

Encuentro fascinante que esta particular frase griega, *ego eimi*, se use en la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento, para verter el Tetragramaton, el gran nombre de Dios: "Yo soy el que soy" (Éxodo 3:14), que generalmente se traduce como *Yahvé* o *Jehová* en el hebreo. Cuando se tradujo *Jehová* al griego, los traductores usaron la frase *ego eimi*. Por lo tanto, pareciera que Jesús se estaba identificando conscientemente como Dios a través de sus declaraciones "yo soy".

El último de los dichos "yo soy" en el Evangelio de Juan aparece en el capítulo 15, donde Juan nos relata que Jesús dijo: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador" (v. 1). Nótese que Jesús no dijo simplemente que él era la vid; él especificó qué vid era: la *verdadera* vid, lo que significa que es la vid genuina o la auténtica vid. ¿Por qué hizo esta distinción? Él no lo dijo, pero hay una explicación que la mayoría de los estudiosos bíblicos acepta. Ellos observan que en el Antiguo Testamento, Dios entró en una particular y especial relación con su pueblo, la nación de Israel, y de ahí en adelante se retrata a este pueblo como la vid de Dios la viña de Dios (Isaías 5:7; Oseas 10:1). Israel es la viña que Dios plantó, cultivó, podó, y usó con el propósito de producir un fruto que nutriría y enriquecería al mundo entero.

En el Nuevo Testamento, descubrimos que Jesús no solo vino a redimir a su pueblo sino también a encarnar la nación misma de Israel. En un sentido último, Jesús es el Israel de Dios. Por ejemplo, Dios dijo por medio del

profeta Oseas: “Yo amé a Israel desde que era un niño. De Egipto llamé a mi hijo” (11:1). Israel, la nación de Dios redimida de la esclavitud en Egipto, fue llamado hijo de Dios. Poco después de que naciera Jesús, un ángel le advirtió a José que huyera a Egipto para escapar del celoso Rey Herodes. Más tarde, cuando la familia regresó a Israel, Mateo cita este verso de Oseas en referencia a Jesús: “Esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: ‘De Egipto llamé a mi Hijo’” (Mateo 2:15). En consecuencia, vemos esta identidad o conexión metafórica entre la nación de Israel y Jesús. Jesús tenía una especie de solidaridad con el pueblo histórico de Dios.

Esa idea se comunicó parcialmente cuando él dijo “yo soy la vid verdadera”. No obstante, él también estaba diciendo que Israel había fallado en enriquecer al mundo como la viña de Dios. Por ese motivo, Jesús apareció como la verdadera vid, con su Padre como el labrador, Aquel que planta la vid, la cultiva y la poda.

VIDA A TRAVÉS DE LA VID

Jesús prosiguió y dijo: “Toda rama que en mí no da fruto, la corta; pero toda rama que da fruto la poda para que dé más fruto todavía” (v. 2, NVI). Yo no tengo manos para la jardinería, y mi conocimiento de la horticultura es muy rudimentario. Sin embargo, he experimentado con el cultivo de rosas, y he aprendido que después de que los brotes comienzan a decaer, se deben cortar en cierto punto del tallo. Si soy diligente en podar las partes muertas de la

planta, los brotes se vuelven aún más radiantes con el tiempo. Este proceso me parece contrario a la lógica. Yo asumiría que al cortar parte de una planta la estaría dañando o incluso destruyendo. Pero el proceso de poda concentra los nutrientes de la planta, y hace que produzca fruto de un modo más sostenido. Este proceso es especialmente importante en el cultivo de parras, que es la vid que Jesús tiene en mente en su metáfora.

Jesús continúa diciendo: "Ustedes ya están limpios, por la palabra que les he hablado" (v. 3). Aquí él se dirigía a sus discípulos, a los creyentes, a quienes ya gozaban de comunión con él y tenían una relación salvadora con él. Ellos ya estaban "limpios", dijo Jesús. Luego añadió: "Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Así como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco ustedes, si no permanecen en mí" (v. 4).

¿Qué les ocurre a las ramas que son podadas de un árbol o un arbusto? Después de ser cortadas, se marchitan y mueren. Son cortadas de su fuente de vida. Obviamente, esas ramas muertas no producirán fruto alguno. Son impotentes.

Un día, durante una comida al aire libre en la casa de uno de sus miembros, un ministro se acercó a la parrilla para hablar con el anfitrión, quien había dejado de asistir a los servicios de adoración semanales. El ministro esperaba animarlo a continuar asistiendo nuevamente. Cuando el ministro le preguntó al hombre por qué había dejado de asistir, este respondió: "Soy cristiano, pero siento que no necesito la iglesia. Puedo vivir muy bien por mi cuenta. Soy del tipo de personas independientes. No necesito la comunión de otras

personas para que me alienten en mi caminar con el Señor”.

Mientras el ministro escuchaba las explicaciones del hombre, se fijó en que el carbón de la parrilla brillaba al rojo vivo. Sin decir nada, el ministro tomó unas tenazas y apartó uno de los carbones encendidos de los demás. Luego siguió la conversación con el feligrés. Sin embargo, después de algunos minutos, estiró el brazo hacia la parrilla y recogió el carbón con sus propias manos. Entonces miró al hombre y le dijo: “¿Viste lo que acaba de ocurrir aquí? Hace unos minutos solamente, no me habría atrevido a tocar este carbón porque estaba caliente. Pero una vez que lo separé de los demás carbones, dejó de arder y se enfrió. Ya no pudo ayudar a cocer la carne en la parrilla. Eso es lo que te va a ocurrir. Tú necesitas el cuerpo de Cristo. Necesitas la iglesia de Cristo. Necesitas la comunión de los santos y la asamblea del pueblo de Dios. No somos individualistas rudos llamados a vivir aislados de los demás”.

Este ministro tenía razón. La compañía de otros creyentes mantiene nuestra fe viva y activa. Pero si nos enfriamos cuando nos alejamos de la conexión con otros cristianos, ¿cuánto más nos marchitaremos si nos alejamos de la verdadera fuente de energía, que es Cristo mismo?

Ese es el punto que Jesús quería destacar aquí. No tendremos frutos y nos marchitaremos espiritualmente si no permanecemos en Cristo, la vid verdadera. La palabra griega que aquí se traduce como “permanecer” es *meno*, que también puede traducirse como “quedarse”. Si queremos ser productivos, no podemos meramente visitar a Jesús de vez en cuando. Necesitamos permanecer en él.

Quiero subrayar aquí que Jesús no estaba hablando de la pérdida de la salvación. Ese es otro asunto. Pero nos estaba recordando que nosotros somos propensos a divagar, a dejar de acceder a la fuente de nuestra fuerza y nuestra vitalidad espiritual, que es Cristo mismo. Por lo tanto, su lección para nosotros es que nos mantengamos cerca: “Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Así como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco ustedes, si no permanecen en mí”. En palabras simples, todos los esfuerzos que hacemos para estar gozosos, para ser productivos, o para lograr cualquier cosa que valga la pena en el reino de Dios, son actos inútiles si tratamos de hacerlos por nuestra propia fuerza. Los cristianos necesitan entender que sin una fuerte conexión con Cristo, quien es la fuente de energía, no produciremos fruto alguno.

PLENITUD DE GOZO

Jesús continuó diciendo:

> Yo soy la vid y ustedes los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí ustedes nada pueden hacer. El que no permanece en mí, será desechado como pámpano, y se secará; a éstos se les recoge y se les arroja al fuego, y allí arden. Si permanecen en mí, y mis palabras permanecen en ustedes, pidan todo lo que quieran, y se les concederá. En esto es glorificado mi Padre: en que lleven mucho fruto, y sean así mis discípulos. Así como el Padre me ha

> amado, así también yo los he amado a ustedes; permanezcan en mi amor. Si obedecen mis mandamientos, permanecerán en mi amor; así como yo he obedecido los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas les he hablado, para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea completo” (vv. 5-11).

Fue solo en el último verso de este pasaje que Jesús explicó por qué había enseñado estas cosas a los discípulos: “Para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea completo”. Observemos tres cosas en esta importante enseñanza.

En primer lugar, el gozo que Jesús quiere ver en nosotros es *su* gozo. Anteriormente, Jesús habló a sus discípulos acerca de la paz, diciendo: “La paz les dejo, mi paz les doy; yo no la doy como el mundo la da” (Juan 14:27). ¿De dónde viene la paz del cristiano? Viene de Jesús. De hecho, es su paz. Asimismo, su propio gozo está a nuestra disposición, y él quiere que ese gozo habite en nosotros.

Segundo, él quiere que su gozo *permanezca* en nosotros. Él quiere que tengamos un gozo permanente, no una montaña rusa de estados de ánimo que varíen entre el gozo y la desdicha. Si queremos estar constantemente gozosos, necesitamos permanecer en él.

Tercero, él distingue entre su gozo y nuestro gozo, y expresa el deseo de que nuestro gozo sea completo: “Para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea completo”. ¿No es eso lo que queremos? No queremos una copa incompleta del fruto del Espíritu. No queremos solo un poquito de gozo. Queremos todo el gozo que el Padre ha guardado para su pueblo. Esa

plenitud de gozo viene de Cristo. Es primero su gozo el que él nos da a nosotros, y en tanto que nosotros estamos conectados a él, este gozo que viene de él crece, aumenta, y se hace pleno.

Nadie que esté leyendo este librito ha experimentado alguna vez el mayor nivel de gozo que está a disposición del pueblo de Dios. Cualquiera sea la medida de gozo que tienes ahora, se puede tener más. Hay una plenitud que nos espera a medida que el fruto del Espíritu es alimentado por la verdadera vid.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.*

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God, Chosen by God, The Invisible Hand, Faith Alone, Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.